

Las fuerzas convencionales del POST-INF

RAFAEL L. BARDAJI,
Director del Grupo de Estudios Estratégicos

DESDE sus orígenes, la OTAN ha hecho reposar su estrategia defensiva en una adecuada combinación de fuerzas nucleares y convencionales que disuadieran a su enemigo potencial, la URSS, de cualquier veleidad militar contra los aliados occidentales. No obstante, el reconocimiento de que las armas nucleares son más disuasoras, por la gran cantidad de daño que pueden llegar a causar, y, sobre todo, más baratas que las convencionales, llevó a aceptar un desequilibrio convencional en favor de la Unión Soviética y las fuerzas del Pacto de Varsovia quienes han mantenido una superioridad cuantitativa notable en este terreno. No obstante, la inferioridad numérica de las tropas aliadas se veía compensada —y la estabilidad asegurada— gracias a la amenaza nuclear.

La *respuesta flexible*, que buscaba dotar a los aliados de unas alternativas escalonadas frente a un ataque con el objetivo de que la defensa occidental no supusiera automáticamente el holocausto nuclear, sino que estuviera capacitada para repeler una agresión armada con el nivel de violencia adecuado, convencional, nuclear selectivo o, final y desgraciadamente, con una represalia total, no era más que el reconocimiento de que la defensa aliada se levantaba simultáneamente sobre los dos tipos de armas, las convencionales y las nucleares.

Todos los debates que surgieron a raíz de su adopción por la OTAN en 1967 de hecho no criticaban la relevancia de las fuerzas no nucleares aliadas, sino que giraban en torno al punto justo de contribución de las armas nucleares y convencionales en la disuasión globalmente concebida. En un mundo en

el que la URSS había conseguido una paridad en armamento estratégico, se decía, el papel de las fuerzas convencionales se veía automáticamente potenciado y las disparidades en este terreno se volvían gravísimas vulnerabilidades. Norteamericanos y europeos estaban de acuerdo en ello, aunque por razones distintas. Los primeros veían en la potenciación de los primeros escalones aliados la posibilidad de extender y dilatar el proceso de la escalada y evitar, así, un intercambio nuclear prematuro; los segundos contaban con los GI americanos estacionados en Europa como el primer escalón detonador de la imparable escalera nuclear.

Por otro lado, los europeos opinaban que demasiado énfasis en la componente convencional aliada podría conducir a que la URSS contemplase como un escenario posible un rápido ataque convencional, sin el riesgo de una represalia nuclear dada la situación de mutua destrucción asegurada, por lo que una dependencia excesiva de las fuerzas convencionales podría empeorar más que mejorar la estabilidad en Europa. No obstante, también se daban cuenta de que unas fuerzas convencionales reducidas y débiles podrían, igualmente, tentar a la URSS a lanzar un ataque puesto que la OTAN no contaría con una defensa razonable y sí con muy serias dudas sobre el recurso al arma nuclear. Los americanos, a su vez, temían una hipotética situación en la que la URSS pudiese vencer fácilmente a la OTAN en el terreno convencional ya que el conflicto podría escaparse rápidamente de su control e iniciar una esclada hasta su territorio o, peor, hasta el holocausto.

Sea como fuere, lo cierto es que la OTAN por más que ha intentado llegar a un común acuerdo sobre el esfuerzo defensivo convencional, siempre ha fracasado. Fracaso, sin embargo, relativizado por el consenso en materia nuclear y las medidas de reaseguro conseguidas, una de las últimas, el despliegue de las fuerzas de alcance intermedio o INF.

Con la senda iniciada en Reikiavik, donde tanto Reagan como Gorbachov apuntaron grandes promesas de desnuclearización mundial, y con el símbolo histórico del acuerdo de Washington sobre el desmantelamiento de las INF, todo parece indicar que avanzamos a un mundo si no "post-nuclear", como algunos ya han augurado, sí "menos nuclear" o "bastante menos nuclear".

En ese mundo *post-INF* las fuerzas convencionales vuelven a cobrar un papel decisivo y las disparidades vienen a significar mayor vulnerabilidad cuya corrección se convierte en una necesidad imperiosa. Ahora bien, el mundo *post-INF* es fruto de un proceso de control de armamentos conducido más que dudosamente y de logros más que controvertidos, y nace bajo una presión "desarmadora" innegable que podría dejarnos en una situación más desequilibrada e inestable que la que conocemos hoy en día de no ponerse mucha atención en los pasos que se toman.

El ambiente post-INF

En efecto, la corrección de las disparidades existentes puede resultar un arduo y penoso ejercicio para la OTAN a tenor de las distintas condicionantes que se apuntan para la defensa aliada del mañana.

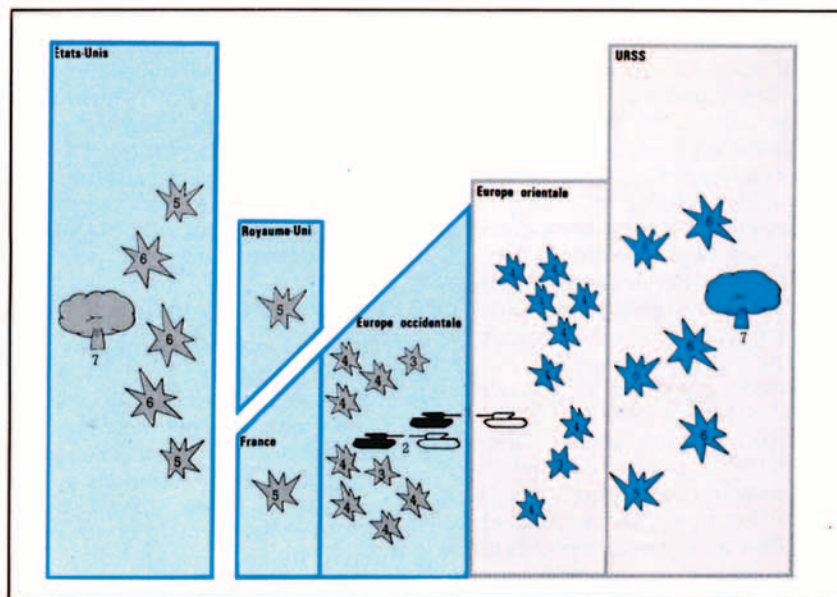
Primeramente, una erosión cons-

tante y progresiva de la componente nuclear de la disuasión. Erosión que se manifiesta en un doble frente: por un lado, en el sentir de millones de ciudadanos que expresan pública y electoralmente de forma sistemática su rechazo al arma nuclear y su condena de la "disuasión atómica"; por otro, la ausencia de consenso entre los expertos sobre la credibilidad del recurso al arma nuclear en la defensa aliada habida cuenta de que la URSS goza de una ventaja marginal numérica en armamento estratégico y que puede explotar la dominación en la escalada en el terreno del teatro euroasiático.

En segundo lugar, y como corolario de ese rechazo de la disuasión nuclear, las presiones en favor del desarme nuclear no pueden sino mantenerse o aumentar, particularmente en Europa occidental. A ello no sólo ha contribuido la visión mesiánica del presidente Ronald Reagan y su sueño de la SDI, sino muy especialmente la política de control de armamentos dirigida desde el Kremlin y que no cesa en perseguir una desnuclearización lo más amplia posible de OTAN-Europa. La firma en Washington del Tratado INF ha dado nuevos bríos y esperanzas tanto a los pacifistas y unilateralistas como a los soviéticos mismos. Y ese espíritu de la paz sin armas integra o integrará también a las fuerzas convencionales.

En tercer lugar, la evolución futura del régimen soviético influirá en la composición y estructura de las fuerzas armadas occidentales. De continuarse con la apariencia de cambio en la URSS, o si se dan modificaciones reales, la percepción de la amenaza se sentirá disminuir y se difuminará hasta diluirse. Frente a un régimen al que se deja de considerar un peligro importante, todo esfuerzo modernizador y presupuestario por parte de las democracias occidentales no podrá sino encontrarse con serios obstáculos políticos. Máxime si la situación económica no permite una recuperación de las cotas de bienestar social anteriormente disfrutadas.

En cuarto lugar, producto de esa falta de percepción de la amenaza, no parece probable que los presupuestos de defensa vayan a aumentar en los próximos años, es más, la tendencia actual es la de congelación del nivel de gasto o de ligero



En un primer momento tiene lugar el enfrentamiento convencional; la OTAN mantiene sus posiciones, o se retira para reorganizar su defensa, o se enfrenta a una derrota inminente; la OTAN dispara entonces una salva nuclear de demostración, en un intento de advertir a los soviéticos sobre los riesgos de proseguir el ataque; en cuarto lugar, las armas nucleares tácticas se utilizan en grandes cantidades; carentes de INF basados en suelo, de seguir en la escalada. Francia y el Reino Unido lanzarían golpes selectivos que presumiblemente llevarían a la URSS a represaliar e incluso a golpear territorio americano; podría llegarse, así, a una guerra nuclear limitada entre las dos superpotencias; la opción siguiente sólo podría ser una guerra nuclear generalizada.

retroceso del mismo. Por lo tanto, los requerimientos de la defensa deberán ser cubiertos con menos dinero y, muy especialmente, los mayores requerimientos de la convencionalización.

En quinto lugar, ni la situación demográfica occidental ni el ritmo de innovación tecnológica parece prometer poder compensar el alza de las necesidades convencionales y la baja de los fondos a ellas destinados. Por un lado no hay hombres, y, por otro, las nuevas tecnologías que podían otorgar ventajas indudables a las fuerzas armadas occidentales o no son fiables como se pensó en su día, o acaban siendo demasiado caras, o llegan a ser compensadas por las fuerzas del oponente, activa o pasivamente numérica o cualitativamente.

En sexto lugar, una previsible retirada anticipada de los contingentes norteamericanos desplegados hoy en Europa supondría una exacerbación de los problemas defensivos europeos, carentes de recursos o faltos de voluntad política.

En tal medio, corregir los desequilibrios significa no contar excesivamente en la capacidad propia aliada de aumentar su esfuerzo convencional. Cualquier moderni-

zación se enfrenta a grandes obstáculos estructurales, como los ya señalados. De ahí que la presión para negociar con los soviéticos reducciones de fuerzas convencionales se haga sentir tan pronunciadamente.

Uno de los productos de esta presión son las conversaciones sobre la estabilidad convencional, o CST en sus siglas anglosajonas, que desde hace unos meses vienen manteniendo los miembros de la OTAN y del Pacto de Varsovia en fase exploratoria y que deben dar pie a unas negociaciones formales entre los dos bloques para la eliminación de las disparidades que ponen en peligro de forma más amenazadora la estabilidad y el desequilibrio en Europa.

Haciendo frente a una auténtica avalancha de propuestas y declaraciones provenientes de Moscú, el Consejo Atlántico a nivel de Jefes de Estado y de Gobierno, celebrado en Bruselas los días 2 y 3 del pasado marzo, hizo explícito el deseo de la Alianza, así como su posición de partida, sobre el desarme convencional en un comunicado de 16 puntos hecho público bajo el título "El control de armas convencionales: el camino a recorrer". Allí

se reconoce el hecho fundamental, que los desequilibrios convencionales son una amenaza constante a la seguridad europea y que, en consecuencia, los objetivos que la OTAN debe perseguir en cualquier negociación serán: 1) el establecimiento de un balance de las fuerzas convencionales seguro y estable, al nivel más bajo posible de fuerzas; 2) la eliminación de las disparidades perjudiciales para la estabilidad y la seguridad; y 3) la eliminación de la capacidad de lanzar un ataque sorpresa y para iniciar una acción ofensiva a gran escala.

El comunicado señala, además, que el principal objetivo a lograr es una mayor estabilidad y que esto puede lograrse gracias a diversos métodos, no solamente reducciones de fuerzas, tales como limitaciones, redespiegues, u otros. Igualmente, se afirma que se debe lograr una mayor estabilidad en toda Europa, del Atlántico a los Urales, de tal forma que se salvaguarde la seguridad de todos los aliados a la vez que se tienen en cuenta las concentraciones de fuerzas del Pacto de Varsovia y los problemas particulares que éstas causan en el Frente Central, en el Flanco Sur y en el Norte de la Alianza. También se subraya que para permitir equilibrar el balance militar, se hacen necesarias reducciones fuertemente asimétricas por parte del Este y no cortes iguales en cada parte que no harían sino seguir manteniendo el desequilibrio sólo que con un nivel disminuido de fuerzas. El comunicado fija, por último, que las negociaciones deben versar sobre los

sistemas mayores que hacen posible la práctica de un ataque sorpresa o de una amplia ofensiva, esto es, aquellas armas de gran movilidad y gran capacidad de fuego, pero no menciona más que tanques y artillería de entre ellas aunque deja claro que hablar sólo sobre combatientes, como se hacía en las MBFR, no es suficiente.

El consenso de principio

Hasta el momento ningún progreso se ha producido y la OTAN se encuentra ante un triple desafío: Por un lado, averiguar si las propuestas soviéticas son serias o mera propaganda. Y si responden a sinceras intenciones, aproximar la posición de Moscú hasta el punto de interés aliado; en segundo lugar, hacer emerger una posición coherente y homogénea con la que poder negociar firmemente. Más allá de las grandes líneas maestras quedan un sinfín de problemas "menores" pero no por ello menos paralizantes; finalmente, conseguir el apoyo público necesario que siente de una vez el respaldo popular que toda política de defensa requiere.

Este triple desafío podría resolverse generando una posición solidaria y colectiva en torno a unos principios básicos:

1. La disuasión en Europa no puede basarse en las fuerzas convencionales exclusivamente. De ahí que el desarme convencional y el nuclear estén íntimamente ligados y ambos deben formar parte de una estrategia coherente y global que

persiga la estabilidad al nivel más bajo de armas posibles.

2. Es más, cortes sustanciales de armas nucleares pueden llegar a poner en peligro la estabilidad de la que hoy disfrutamos en Europa. La desnuclearización de Europa no puede nunca convertirse en un objetivo a alcanzar a corto y medio plazo.

3. El desarme convencional no debe impedir la modernización y el incremento del esfuerzo defensivo aliado. Por un lado, se debe evitar pensar que unas fuerzas convencionales más preparadas conducen inexorablemente a un conflicto limitado al Viejo Continente; por otro, cabe reconocer que el estilo de la "doble decisión" (modernizar y desplegar para negociar y retirar) parece dar buenos frutos en su lógica.

4. Las reducciones de armas no deben ser un fin en sí, sino un medio para alcanzar una mayor estabilidad, por lo tanto deben corregir las asimetrías existentes, cuantitativas y de opciones militares.

5. La presencia norteamericana en Europa es esencial y las garantías nucleares de los EE.UU. irremplazables por el momento. Sin los EE.UU. no hay defensa posible de Europa.

De no conseguirse una unión en torno a unos elementos esenciales, bien explicados a la población, la OTAN no saldrá de su atolladero: un enemigo hábil, una disparidad creciente de criterios, y una opinión pública vigilante y altamente crítica. ■

Efemérides aeronáuticas

SEPTIEMBRE. El día 20 de este mes del año 1909, se distinguieron los aerosteros españoles en la operación que, dirigida por el propio general Marina, trataba de aislar y pacificar la península de Tres Forcas para, posteriormente, envolver el Gurugú y dominar toda la kabila de Beni Bu Ifrur.

*El capitán Antonio Gordejuela, observador del globo esférico **Urano**, mantuvo constantemente informado de la situación, movimientos y entidad del enemigo al general Alfau, jefe de la 1ª Brigada de Cazadores, que operó en vanguardia, y que merced a ello cruzó con pocas bajas el barranco de Tafarast, desalojó a los moros de Taurirt y llegó a la playa de Augurag, en la costa occidental de la península enlazando allí con la Escuadra.*

LARUS BARBATUS